INTRODUCCION A LA FILOSOFIA

(CATEDRA I)

Profesor: Adolfo CARPIO

SERENIDAD (GELASSENHEIT)

- Martin Heidegger -

Ediciones TEKNE
Urquiza 728
Buenos Aires

Las primeras palabras que pronuncio públicamente en mi ciudad natal sólo pueden ser palabras de agradecimiento (*Dank*).

Doy las gracias a mi tierra por todo cuanto, a lo largo de un prolongado camino, he recibido de ella. En qué consiste esa dote, es cosa que intenté exponer en las braves páginas que, bajo el título *Der Feldweg*, aparecieron por primera vez en el escrito conmemorativo del primer centenario de Conradin Kreutzer el año 1949. Doy gracias al Señor Burgomaestre Schüle por su cordial salutación. Pero gracias, en especial, por haberme confiado la grata misión de pronunciar un discurso en esta celebración.

Estamos reunidos para conmemorar a nuestro coterráneo el compositor Conradin Kreutzer. Cuando tenemos que celebrar a algunos de aquellos hombres que han sido llamados a la creación de obras, lo que ante todo importa es honrar debidamente la obra. Tratándose de un artista del sonido, ello acontece haciendo sonar las obras de su arte.

De la obra de Conradin Kreutzer suenan en esta ocasión canción y coro, ópera y música de cámara. En sus notas está el artista mismo, pues la presencia del maestro *en la obra* es la única presencia genuina. Cuanto más grande es un maestro, con tanta más pureza desaparece su persona detrás de la obra.

Los músicos y cantantes que cooperan en la fiesta de hoy garantizan que en este momento la obra de Conradin Kreutzer va a sonar para nosotros.

¿Pero es por ello ya la fiesta una fiesta conmemorativa? A una fiesta conmemorativa (*Gedenkfeier*) corresponde que *pensemos* (*denken*). Pero en una fiesta conmemorativa dedicada a un compositor, ¿qué es lo que hemos de pensar y decir? ¿No se caracteriza la música por "hablar" ya mediante la simple vibración de sus sonidos, de modo que no precisa del lenguaje habitual, del lenguaje de la palabra? Así se dice. Y sin embargo queda la pregunta: ¿la fiesta en que se toca y se canta, es ya por eso una fiesta conmemorativa (*Gedenkfeier*), una fiesta en la que pensamos (*denken*)? Apenas, presumiblemente. Por ello los organizadores del acto han programado un "discurso conmemorativo" (*Gedenkrede*). Éste ha de ayudarnos a pensar propiamente en el artista festejado y en su obra. Tal recuerdo (*Andenken*) cobra vida en cuanto volvemos a narrar la biografía de Conradin Kreutzer, en cuanto enumeramos y describimos sus obras. Mediante tal relato podemos enterarnos de diversas cosas gratas y dolorosas, aleccionadoras y ejemplares. Pero en el fondo, un discurso de tal especie lo tomamos sólo como entretenimiento. No es necesario en modo alguno que al escuchar semejante relato pensemos, o sea que meditemos sobre algo que a cada uno de nosotros atañe directa y constantemente en su propio ser (*Wesen*). Por tal razón incluso un discurso conmemorativo no ofrece garantía ninguna de que, en la fiesta conmemorativa, pensemos.

No nos engañemos. Todos nosotros, incluidos aquellos que pensamos como quien dice por exigencia profesional, todos somos a menudo pobres en pensamiento; todos nosotros, con harta facilidad, estamos faltos de pensamiento. La falta de pensamiento es un in-

quietante huésped que ronda por todas partes en el mundo actual. Pues hoy día uno se entera por la vía más veloz y más barata de todas y cada una de las cosas para olvidarlas en el mismo momento con idéntica rapidez. Así se suceden sin tregua unos a otros los actos públicos. Las fiestas conmemorativas resultan cada vez más pobres en pensamiento. La fiesta conmemorativa (*Gedankenfeier*) y la ausencia de pensamiento (*Gedankenlosigkeit*) vienen a reunirse y concuerdan perfectamente.

Pero aun cuando estemos faltos de pensamiento no renunciamos a nuestra capacidad de pensar. La necesitamos incluso, ineludiblemente, aunque, en verdad, de extraña manera: haciendo que en la carencia de pensamiento quede en barbecho nuestra capacidad de pensar. Ahora bien, en barbecho sólo puede estar lo que en sí constituye un suelo (*Grund*) para el crecimiento, como por ejemplo un campo de cultivo. Una autopista, en la que nada crece, nunca puede estar en barbecho. Al igual que podemos quedarnos sordos porque oímos, al igual que llegamos a viejos sólo porque fuimos jóvenes, lo mismo podemos volvernos pobres en pensamiento, o hasta faltos de pensamiento, porque el hombre, en el fundamento de su esencia, posee la capacidad de pensar, "espíritu y entendimiento", y porque está destinado a pensar. Sólo aquello que, sepámoslo o no, poseemos, podemos también perderlo o, como se dice, deshacernos de ello.

La creciente falta de pensamiento estriba por ello en un proceso que corroe el meollo más íntimo del hombre actual. El hombre actual *huye del pensar*. Esta huida ante el pensar es el fundamento de la falta de pensamiento. Pero esta huida ante el pensar implica también que el hombre no quiere verla ni confesarla. El hombre actual llegará a negar rotundamente esta huida ante el pensar. Afirmará lo contrario. Dirá — y esto con todo derecho — que en ningún tiempo se ha planificado con tanta amplitud ni se ha investigado tanto, ni se ha indagado tan apasionadamente como en nuestros días. Cierto. Ese despliegue de agudeza y de examen es de gran utilidad. Semejante pensar es imprescindible. Pero hay que tener en cuenta que ese pensar es de índole muy especial.

Su peculiaridad consiste en que cuando planificamos, investigamos o montamos una empresa, contamos siempre con determinadas circunstancias. Las tomamos en cuenta partiendo de la intención calculada en función de metas determinadas. Contamos de antemano con determinados resultados. Este contar caracteriza todo pensar planificador e investigativo. Tal pensar sigue siendo un cálculo aun cuando no opere con números ni ponga en marcha máquinas de calcular ni ninguna gran instalación electrónica. El pensar que cuenta, calcula. Calcula con posibilidades continuamente nuevas, con posibilidades cada vez más prometedoras y, al propio tiempo, más baratas. El pensar calculador corre de una ocasión a la otra. El pensar calculador no se detiene nunca, no alcanza a meditar. El pensar calculador no es un pensar meditativo, un pensar que reflexione sobre el sentido que impera en todo lo que es.

Hay pues dos clases de pensar, y las dos, cada cual a su modo, se justifican y son necesarias: el pensar calculador (*das rechnende Denken*) y la reflexión meditativa (*das besinnliche Nachdenken*).

A esta reflexión es a la que nos referimos al decir que el hombre actual huye del pensar. Sólo que -- así se arguye — la mera reflexión (*Nachdenken*) flota sin advertirlo fuera de la realidad. Pierde el suelo (*Boden*). No sirve para los negocios ordinarios. No ayuda en nada a la acción.

Y se dice, en fin, que la mera reflexión, la meditación asidua, es demasiado "elevada" para el entendimiento ordinario. En esta excusa sólo es cierto que un pensar meditativo está tan lejos de ser espontáneo como lo está el pensar calculador. El pensar meditativo reclama a veces un esfuerzo mayor. Exige un adiestramiento más prolongado. Precisa de un cuidado todavía más delicado que cualquier otra obra genuina de

artesanía. Además debe saber esperar, lo mismo que el labrador, a que la simiente brote y madure.

Por otra parte, cualquiera puede seguir a su manera y dentro de sus límites los caminos de la meditación. ¿Por qué? Porque el hombre es el ser (*Wesen*) *que piensa, es decir, que medita*. Por tanto en la reflexión tampoco es necesario en modo alguno pensar en cosas "elevadas". Basta con que nos demoremos en lo próximo y meditemos en lo más próximo: en lo que nos atañe a nosotros, a cada cual, aquí y ahora. Aquí, en este rincón de tierra patria; ahora, en la hora actual del mundo.

¿Qué nos sugiere esta fiesta, caso de que estemos dispuestos a meditar? En tal caso observamos que del suelo de la patria ha brotado y se ha desarrollado una obra de arte. Si reflexionamos sobre este sencillo hecho, tendremos que pensar enseguida que en el siglo pasado y el anterior la tierra suaba produjo grandes poetas y pensadores. Si seguimos considerando esto, se nos mostrará inmediatamente: Alemania central es, del mismo modo, una tierra semejante, y otro tanto acontece con Prusia Oriental, con Silesia y con Bohemia.

Nos ponemos a reflexionar y preguntamos: al pleno desarrollo de una obra de verdadero mérito ¿no le es propio el enraizamiento en el suelo de una patria? Johann Peter Hebel escribe: "Queramos confesarlo o no, somos plantas que, con las raíces en el suelo, deben salir de la tierra para poder florecer y dar frutos en el éter" (*Werke*, [*obras*], ed. Altwegg III, 314).

El poeta quiere decir: donde ha de desarrollarse de modo acabado una obra humana verdaderamente fausta y saludable, el hombre tiene que poder alzarse desde la profundidad del suelo patrio hacia el éter. "Eter" significa aquí el aire libre del alto cielo, la abierta región del espíritu.

Reflexionamos más y preguntamos: ¿qué pasa hoy con lo que dice Johann Peter Hebel? ¿Existe aún aquel plácido habitar del hombre entre tierra y cielo? ¿Impera aún sobre el país el espíritu meditativo? ¿Hay todavía una patria de fuertes raíces, en cuyo suelo (*Boden*) el hombre resida permanentemente (*ständig*), es decir, donde se asiente con firmeza, donde esté arraigado (*bodenständig*)?

Muchos alemanes perdieron su patria, tuvieron que abandonar sus aldeas y ciudades, son exiliados de su suelo patrio. Un sinnúmero de otros que conservaron su patria, peregrinan lo mismo que aquellos, van a parar al ajetreo de las grandes urbes, tienen que establecerse en el desierto de las zonas industriales. Están alienados respecto de la vieja patria. ¿Y los que permanecen en ella? En muchos aspectos son todavía más apátridas que los expulsados de su tierra. Hora tras hora y día tras día los hechizan la radio y la televisión. Semanalmente el cine los arrebata de su medio y los sumerge en ámbitos de representaciones, no habituales pero a menudo sólo vulgares, fingidoras de un mundo que no es mundo ninguno. Por todos lados tienen a mano las "revistas ilustradas". Todo esto, con que los modernos instrumentos técnicos de información seducen, asaltan, agitan al hombre hora a hora, todo esto ya está hoy más cerca del hombre que el propio labrantío en torno a la finca, más cerca que el cielo que cubre el campo, más cerca que la marcha de las horas día y noche, más cerca que los usos y costumbres de la aldea, más cerca que la tradición del mundo patrio.

Reflexionamos más y preguntamos: ¿qué pasa aquí, con los expulsados no menos que con los que permanecen en su tierra? Respuesta: El *arraigo* (*Bodenständigkeit*) del hombre actual está amenazado en lo más íntimo. Más aún, la pérdida del arraigo no está causada sólo por circunstancias y destinos exteriores, ni se debe únicamente a la negligencia y al superficial modo de vida de los hombres. La pérdida del arraigo proviene del espíritu de la época en que nos ha tocado nacer.

Reflexionamos todavía más y preguntamos: Así las cosas, ¿podrá el hombre, podrá obra humana alguna en lo futuro, formarse acabadamente desde un suelo patrio bien constituido y alzarse hacia el éter, esto es, hacia la vastedad del cielo y del espíritu? ¿O va a parar todo ello a la tenaza de la planificación y del cálculo, de la organización y del funcionamiento automático?

Si ahora meditamos en aquello que la celebración de hoy nos sugiere, entonces reparamos en que nuestra época está amenazada por la pérdida del arraigo. Y preguntamos: ¿Qué es, en rigor, lo que acontece en nuestro tiempo? ¿Qué es lo que lo caracteriza?

A la época que ahora comienza se la llama época atómica. Su característica más llamativa es la bomba atómica. Pero este rasgo pertenece sólo al primer plano. Pues en seguida se reconoció que la energía atómica puede ser utilizada también con fines pacíficos. Por ello hoy día la física atómica y sus técnicos se esfuerzan de continuo por lograr la utilización pacífica de la energía atómica en proyectos de gran envergadura. Los grandes trusts internacionales de los países más influyentes, Inglaterra en primer lugar, han calculado ya que la energía atómica puede llegar a ser un negocio gigantesco. En el negocio atómico se descubre la nueva felicidad. La ciencia atómica no se queda al margen. Proclama esta felicidad públicamente. Así, en julio de este año /1955/, dieciocho premios Nobel han declarado textualmente, en un llamamiento desde la isla de Mainau: "La ciencia — o sea, en este caso, la ciencia natural moderna — es un camino hacia una vida humana más feliz".

¿Qué pasa con esta afirmación? ¿Surge de una meditación (*Besinnung*)? ¿Reflexiona sobre el sentido (*Sinn*) de la época atómica? No. Si nos diéramos por satisfechos con la citada aseveración de la ciencia, nos encontraríamos a la máxima distancia posible de una meditación sobre la época presente. ¿Por qué? Porque nos olvidaríamos de reflexionar. Porque olvidaríamos preguntar: ¿en qué estriba, pues, el que la técnica científica haya podido descubrir y liberar nuevas energías de la naturaleza?

Ello estriba en que, desde hace algunos siglos, se halla en marcha una transmutación (*Umwälzung*) de todas las ideas rectoras. En virtud de ello se lo transfiere al hombre a una realidad diferente. Esta revolución radical de la visión del mundo se consuma en la filosofía moderna. De aquí resulta una posición completamente nueva del hombre en el mundo y respecto del mundo. Ahora el mundo aparece como un objeto sobre el que inicia sus ataques el pensar calculador, ataques que ya nada podrá resistir. La naturaleza se convierte en una única y gigantesca "estación de servicio", en fuente de energía para la técnica y la industria modernas. Esta relación fundamentalmente técnica del hombre respecto del universo surgió primero en el siglo XVII y en Europa y sólo en Europa. Durante largo tiempo el resto del globo la desconoció. Les fue totalmente ajena a las anteriores épocas y al destino de sus pueblos.

El poder que se oculta en la técnica moderna determina la relación del hombre con lo que es. Ese poder domina la tierra entera. El hombre comienza ya a alejarse de la tierra y a internarse en el espacio cósmico. Pero desde hace apenas dos decenios, se han descubierto con la fuerza atómica fuentes de energía tan gigantescas que en un tiempo no lejano quedarán cubiertas para siempre las necesidades mundiales de energía de todo tipo. El suministro inmediato de nuevas energías dejará pronto de estar ligado a determinados países y continentes, como lo están el carbón, el petróleo y la madera de los bosques. En un futuro próximo, en cualquier lugar de la tierra podrán establecerse centrales de energía atómica.

La pregunta fundamental de la ciencia y de la técnica actuales no se formula ya diciendo: ¿de dónde sacaremos cantidades suficientes de combustibles y carburantes? La pregunta decisiva es ahora: ¿de qué manera podremos domeñar y manejar las energías atómicas, de increíble magnitud, y asegurar así a la humanidad contra el riesgo de que esas energías gigantescas — aun sin acciones bélicas — estallen en algún lugar, "se desboquen" y lo aniquilen todo?

Cuando se logre dominar la energía atómica — que se logrará —, dará principio un desarrollo enteramente nuevo del mundo técnico. Lo que hoy conocemos como técnica cinematográfica y televisiva, como técnica de las comunicaciones, y en especial aéreas, como técnica de la información, como técnica médica y como técnica de la alimentación, representa, al parecer, no más que un tosco estadio inicial. Nadie puede saber qué transformaciones van a llegar. Entretanto, el desarrollo de la técnica se producirá cada vez más rápido y no se lo podrá detener en parte alguna. En todos los ámbitos de la existencia (*Dasein*) el hombre va siendo cercado, cada vez más estrechamente, por las fuerzas de los aparatos técnicos y de los autómatas. Los poderes que, en todas partes y a toda hora, en las instalaciones o establecimientos técnicos de cualquier tipo que sean, imponen exigencias al hombre, lo atan, lo arrastran y oprimen — esos poderes hace mucho que se han desarrollado por encima de la voluntad y la capacidad de decisión del hombre, porque no han sido hechos por el hombre.

Mas también esto forma parte del nuevo rasgo del mundo técnico: que sus resultados se dan a conocer por el camino más rápido y de igual modo se los admira públicamente. De esta manera, lo que decimos sobre el mundo técnico cualquiera puede releerlo hoy en cualquier revista ilustrada hábilmente dirigida, o escucharlo por la radio. No obstante, una cosa es que hayamos oído y leído algo, esto es, que meramente tengamos noticia de ello, y otra cosa es que conozcamos lo oído y leído, esto es, que pensemos sobre ello.

En el verano de este año 1955 volvió a realizarse en Lindau la reunión internacional de los premios Nobel. En esta ocasión el químico norteamericano Stanley dijo lo siguiente: "Se halla próxima la hora en que la vida estará en las manos del químico, quien podrá descomponer, construir y modificar a su voluntad la sustancia viva". Uno toma nota de semejante declaración. Uno incluso se admira de la audacia de la investigación científica, y no piensa en ello. No se piensa en que aquí, con los medios de la técnica, se está preparando un ataque a la vida y a la esencia del hombre, y que en comparación con ese ataque tiene poca importancia la explosión de la bomba de hidrógeno. Pues precisamente si las bombas de hidrógeno *no* explotan y sigue conservándose la vida del hombre sobre la tierra, con la era atómica se cierne una inquietante transformación (*Verändерung*) del mundo.

Pero lo verdaderamente inquietante en esto no es que el mundo se tecnifique por entero. Mucho más inquietante resulta que el hombre no está preparado para esta transformación del mundo, que todavía no somos capaces de analizar y preguntarnos como corresponde, con ayuda del pensar reflexivo, lo que en rigor está por acontecernos en esta época.

Ningún individuo, ningún grupo humano, ninguna comisión de estadistas, investigadores y técnicos, por más importantes que sean, ninguna conferencia de personalidades directivas de la economía y de la industria es capaz de frenar o de manejar el curso histórico de la época atómica. Ninguna organización solamente humana está en condiciones de lograr el dominio sobre esta época.

Así, pues, el hombre de la era atómica quedaría entregado, inerme y desorientado, al irresistible predominio de la técnica. Así ocurriría si el hombre actual renunciase a poner en juego, en la partida decisiva, el pensar meditativo frente al pensar meramente calculador. Pero si el pensar meditativo despierta, la reflexión deberá ponerse a la obra sin cesar y en la ocasión más nimia; por tanto también aquí y ahora y precisamente en esta fiesta conmemorativa. Pues ella nos hace pensar en algo que en la época atómica resulta amenazado en singular medida: el arraigo de las obras humanas.

Por ello ahora preguntamos: si está perdiéndose ya el antiguo arraigo, ¿no podría volver a ofrecérsele al hombre un nuevo fundamento, un nuevo suelo, desde el que la esencia del hombre y toda su obra pudieran desarrollarse acabadamente de modo nuevo, y aún en medio de la época atómica?

¿Cuál sería el suelo y fundamento para un arraigo futuro? Quizá lo que buscamos con esta pregunta está muy cerca; tan cerca que lo pasamos por alto con demasiada facilidad. Pues el camino hacia lo próximo es siempre para nosotros los hombres el más largo y por tanto el más difícil. Este camino es un camino de reflexión. El pensar meditativo nos exige que no quedemos aferrados, unilateralmente, a una sola idea (*Vorstellung*), que no sigamos corriendo por un solo carril en la dirección de una sola idea (*Vorstellungsrichtung*). El pensar meditativo nos exige que nos dejemos llevar (*einlassen*) hacia aquello que, a primera vista, parece inconciliable.

Hagamos la prueba. Para todos nosotros las instalaciones, aparatos y máquinas del mundo técnico son hoy indispensables, para unos en mayor medida que para otros. Sería necio marchar ciegamente contra el mundo técnico. Sería miope querer condenar el mundo técnico como obra del diablo. Dependemos de los objetos técnicos; nos desafían, incluso, a una constante mejora. Sin darnos cuenta, sin embargo, hemos quedado tan firmemente encadenados a los objetos técnicos que hemos venido a dar en su servidumbre.

Pero podemos hacer también otra cosa. Podemos, ciertamente, utilizar los objetos técnicos y no obstante, pese a su conveniente utilización, mantenernos tan libres de ellos como para conservar en todo momento la distancia debida. En nuestro uso de los objetos técnicos podemos tomarlos tal como es necesario tomarlos. Mas al propio tiempo podemos dejarlos estar en sí mismos como algo que no nos atañe en lo más íntimo y propio. Podemos decir "sí" al ineludible empleo de los objetos técnicos, y podemos al mismo tiempo decirles "no", en cuanto les impidamos que nos acaparen de modo exclusivo y así tuerzan, confundan y por último desvasten nuestra esencia.

Pero si de este modo decimos simultáneamente "sí" y "no" a los objetos técnicos, ¿no quedará entonces escindida e insegura nuestra relación con el mundo técnico? Todo lo contrario. De extraña manera nuestra relación con el mundo técnico se vuelve sencilla y tranquila. Dejamos que los objetos técnicos penetren en nuestro mundo diario y al mismo tiempo los dejamos fuera, es decir, los dejamos estar como cosas que no son nada absoluto, sino que quedan referidas a algo superior. Quisiera denominar esta actitud de simultáneo "sí" y "no" referida al mundo técnico con una vieja palabra: *la serenidad respecto de las cosas* (*Gelassenheit zu den Dingen*).

En esta actitud ya no vemos las cosas desde el solo aspecto técnico. Vemos con más claridad y notamos que la producción y la utilización de las máquinas nos exigen una relación diferente con las cosas, relación que tampoco está desprovista de sentido. Así, por ejemplo, la agricultura y la economía rural se convierten en industria motorizada de la alimentación. Es cosa cierta que aquí — así como en otros terrenos — está ocurriendo una profunda transformación en la relación del hombre con la naturaleza y con el mundo. Pero qué sentido impera en esta transformación, es algo que queda en la oscuridad.

Así, en todos los procesos técnicos reina un sentido que reclama para sí el hacer y el dejar humanos, un sentido que el hombre, en principio, no ha inventado ni hecho. No sabemos cuál es el sentido hacia el que apunta el dominio de la técnica atómica, que va intensificándose hasta lo inquietante. *El sentido del mundo técnico se oculta.* Pero si prestamos atención, propia y constantemente, a que por doquier en el mundo técnico tomamos contacto con un sentido oculto, nos encontraremos en el ámbito de lo que se nos esconde, y se esconde, en verdad, en cuanto viene hacia nosotros. Lo que de tal manera se muestra y a la vez se sustrae, es el rasgo fundamental de lo que llamamos el misterio. La actitud en virtud de la cual nos mantenemos abiertos al sentido oculto en el mundo técnico la denomino *apertura al misterio* (*Offenheit für das Geheimnis*).

La serenidad ante las cosas y la apertura al misterio son inseparables. Nos conce-

den la posibilidad de morar en el mundo de modo por entero diferente. Nos prometen un nuevo suelo sobre el que, dentro del mundo técnico, pero al resguardo de su amenaza, podamos estar y subsistir.

La serenidad ante las cosas y la apertura al misterio nos abren la perspectiva de un nuevo arraigo. Este, incluso, podría un día ser apropiado para hacer retornar, con figura transformada, el antiguo arraigo que hoy desaparece rápidamente.

Por lo pronto, sin embargo, -- no sabemos por cuánto tiempo — el hombre se encuentra en esta tierra en peligrosa situación. ¿Por qué? ¿Sólo porque podría estallar inadvertidamente una tercera guerra mundial que trajera por consecuencia la total aniquilación de la humanidad y la destrucción de la tierra? No. Al despuntar la época atómica surge la amenaza de un peligro harto mayor, y ello precisamente si se evita el peligro de una tercera guerra. Extraña aseveración. Extraña, sin duda, pero sólo mientras no reflexionamos.

¿Hasta qué punto tiene validez la frase que acaba de enunciarse? Hasta el punto en que la revolución de la técnica que sobreviene en la era atómica podría encadenarlo al hombre, hechizarlo, deslumbrarlo y ofuscarlo de tal manera que llegase el día en que el pensar calculador quedase *como el único* en vigencia y ejercicio.

¿Qué gran peligro cerniríase entonces? Entonces la máxima y más exitosa agudeza de la planificación y la invención calculadoras iría acompañada por la indiferencia frente a la reflexión, por la total ausencia de pensamiento. ¿Y entonces? Entonces el hombre habría negado y rechazado lo que le es más propio, a saber, que su esencia consiste en el pensar reflexivo. Por ello hay que salvar esta esencia del hombre. Por ello hay que mantener despierta la reflexión.

Empero..., la serenidad ante las cosas y la apertura al misterio no se nos dan (*fallen*) nunca de por sí. No son nada causal (*Zu-fälliges*). Ambas se desarrollan bien sólo a partir de un pensar asiduo y resuelto.

Acaso la fiesta conmemorativa de hoy dé un impulso para ello. Si recogemos esta incitación, entonces pensamos en Conradin Kreutzer en cuanto pensamos en la procedencia de su obra, en las fuerzas radicales de su tierra natal, Heuberg. Y somos *nosotros* los que pensamos así, si aquí y ahora nos sabemos como hombres que necesitan hallar y preparar el camino hacia la época atómica y a través de ella.

Si la serenidad ante las cosas y la apertura al misterio despiertan en nosotros, podríamos alcanzar un camino que conduzca a un nuevo suelo. En este suelo podría echar nuevas raíces la creación de obras perdurables.

Así, de manera transformada y en época modificada, habría de cumplirse nuevamente lo que dice Johann Peter Hebel:

> *"Queramos confesarlo o no, somos plantas que, con las raíces en el suelo, deben salir de la tierra para poder florecer y dar frutos en el éter".*

* * * * *